

han sucedido; muda en estimacion y respeto el desprecio que nos habian granjeado nuestros vicios; nos restablece en todos los derechos de nuestro nacimiento, de nuestros títulos y de nuestras dignidades, que estaban envilecidas con nuestras disoluciones; nos saca del cieno y de la oscuridad de los desórdenes para restituirnos á las funciones públicas; nos aparta de la compañía infame y vergonzosa de los hombres viles y disolutos para reunirnos á los hombres prudentes é ilustres de nuestra clase y de nuestro estado; en una palabra, cuando antes éramos, como el pródigo, oprobio del cielo y de la tierra, nos hace alegría de los justos, consuelo de los pastores, gloria de la religion, admiracion de los mismos mundanos, y un espectáculo digno de los ángeles y de los hombres.

¿Pues qué mas se necesita, amados oyentes míos, para animaros á seguir este ejemplo? Ha tanto tiempo que como el pródigo andais descaminados por regiones extrañas, entregados á la infamia y al oprobio de vuestras pasiones; ¿por qué habeis de rehusar el arrojaros al seno que hoy os abre el Padre celestial con tanta misericordia? Os ha sufrido los excesos de vuestra desarreglada juventud, se prometia que pasados aquellos primeros desórdenes, la edad, la experiencia y la gracia moverian por último vuestro corazón; ya ha llegado este tiempo; ¿pues qué esperais para volveros á él? Los primeros desórdenes de vuestra vida pudieron hallar excusa en la fuerza de las pasiones y en la licencia de la edad; pero ahora ¿qué excusa podeis tener? Veis que se pasan los años, que huye la mejor estacion de vuestra vida, que se acaba la juventud, que se os desfigura el rostro y que todas las cosas con su mudanza os están continuamente avisando que ya es tiempo de que tambien vosotros os mudeis; cada dia os disgusta mas el mundo,

porque cada dia sois vosotros menos á propósito para él; veis que todo lo que os rodea, ú os enfada por lo mucho que lo habeis usado, ó apartándose poco á poco de vosotros, os da á conocer que no debeis contar con un mundo en el que no servís mas que de incomodar, y que es locura el correr tras lo que huye de vosotros, y obstinaros en huir de un Dios que os busca; ¿pues qué podeis esperar?

Y en la realidad, ¡qué infeliz es vuestra vida! sin fe, sin religion, sin el consuelo de los sacramentos, sin poder volveros á Dios en vuestras oraciones, sin ninguna verdadera alegría en el corazón, cansados de los placeres que aun buscáis, enfadados de un mundo en el que llevais arrastrando el peso de vuestros disgustos y de vuestras culpas. ¿Pues qué esperais para acabar vuestras penas y vuestras desgracias con vuestros desórdenes? Los santos misterios que se acercan, el tiempo de propiciacion en que nos hallamos, toda la Iglesia que está ocupada en la conversion de los pecadores, la voz de sus ministros que en todas partes os exhorta á penitencia, vosotros mismos que os hallais movidos y excitados con todo ese aparato de religion; ¿á qué esperais? ¿habeis de llegar con vuestras impurezas y con vuestra ignominia hasta el festin de la Pascua y hasta la solemnidad de la Resurreccion? ¿habeis de permanecer anatemados en medio de vuestros hermanos, separados del altar y de los sacrificios, mientras que ellos participan todos del ázimo sagrado y celebran el dia del Señor?

¡Qué alegría para vosotros, amados oyentes míos, si movidos hoy de compuncion, si tomando al salir de aquí unas sólidas medidas de penitencia, si encaminándoos á algun hombre de Dios, á cuyos piés pongais ese peso de iniquidad que os oprime, os vemos sentados á la mesa del Padre celestial en los dias solemnes que esperamos! ¡Qué alegría si

le oímos decir: *Mi hijo estaba muerto y ha resucitado; se había perdido y acaba de parecer!* ¡Qué divinos consuelos experimentará entonces vuestra alma! Los espíritus que están al rededor del trono de Dios, solemnizarán este feliz día con cánticos celestiales; los santos que habitan en la tierra bendecirán las riquezas de la divina misericordia; aun los mismos pecadores admirarán vuestra mudanza y seguirán el ejemplo de vuestra penitencia. ¡Ojalá os moviérais, amados oyentes míos, con unos motivos tan poderosos! y vos, ¡oh Dios mío! haced que no sean vanos mis deseos; oid las ansias de mi corazón y mis ardientes votos por la salvación de mis hermanos, y derramad sobre los pecadores que me oyen un espíritu de compuncion, para que saliendo de sus desórdenes os hallen dispuesto á recibirlos en el seno de vuestra gloria y de vuestra inmortalidad. Amen.



SERMON

PARA EL

TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA INCONSTANCIA

EN LOS CAMINOS DE LA SALVACION.

Et fuit novissima hominis illius pejora prioribus.

Y el último estado de este hombre viene á ser peor que el primero.

LUC. 11. v. 26.

La parábola del espíritu inmundo que vuelve al cuerpo de aquel hombre de donde había sido arrojado, y que hace su último estado peor que el primero, no es mas, segun San Juan Crisóstomo, que una profecía encubierta que hace Jesucristo á los judíos de las desgracias que habían de suceder en Jerusalem. Bajo aquellos misteriosos rasgos pretende el Salvador del mundo acordarlos el deplorable estado á

TOM. IV.—P. 25.